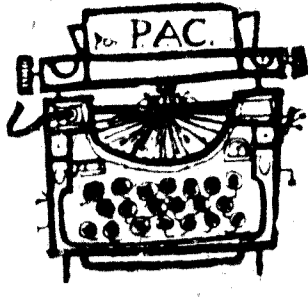


escrito a máquina

Mesa Redonda

Sobre

Haraganería



Un grupo de empresarios discutía sobre la indolencia del nicaragüense. Había en el grupo un hacendado que apasionadamente sostenía que el nicaragüense es un haragán. Lo apoyaba un gerente de fábrica. Los demás sostenían lo contrario.

Apunté la opinión de un joven ingeniero que ha trabajado en otros países de Centro y Sur América. —“Mi experiencia —dijo— es la siguiente: el trabajador nicaragüense sano es tan bueno y activo como el de cualquier país adelantado. Si se sabe tratar es magnífico. Los tropiezos que más frecuentemente he tenido no han sido por haraganería, sino por irresponsabilidad, y analizando esos casos de irresponsabilidad he llegado a la conclusión de que se han producido, en la mayoría de ellos, por exceso de iniciativa combinada con falta de capacitación: en vez de cumplir una orden, se les ocurre que es mejor hacerlo de otra manera, se confían en su inteligencia y no siempre tienen formación para prever los resultados”.

Un médico terció en el debate subrayando la frase del ingeniero sobre el trabajador sano. —“Con frecuencia —dijo— catalogamos al enfermo como haragán. El pueblo nicaragüense es un pueblo enfermo. Yo creo que si se toma en cuenta su índice de salubridad más bien hay que admirarse de su energía...”

Comenzaron las anécdotas. Alguien recordó que en los bananales de la United Fruit en Costa Rica, los nicaragüenses eran los mejores trabajadores. Otro terció criticando el alcoholismo de nuestro pueblo. (Es interesante anotar que cuando se arman estas discusiones, los críticos procuran excluirse del plural; no dicen “somos haraganes” o “somos borrachos” sino “son”). El médico intervino de nuevo para asegurar que el nicaragüense es un pueblo mal alimentado, no solamente por falta de recursos sino por una serie de preinicios: prejuicios contra la leche, prejuicios contra ciertas frutas y carnes que cree “heladas” y dañinas para el que está “agitado” o para el que está resfriado, contra el azúcar, contra ciertos animales, etc., y por falta de educación pues no le han enseñado a valorar los alimentos y a escoger los que más le convienen dentro de sus posibilidades...

La conversación se desarrollaba así, a veces interesante, a veces absurda y generalizadora (¿no es un poco osado decir que un pueblo es tal cosa o tal otra por unas cuantas experiencias personales o por la suma arbitraria de tres o cuatro anécdotas?) cuando un joven alemán, que escuchaba en silencio me hizo esta observación:

—“El ritmo de trabajo que la sociedad actual exige al hombre es mucho más intenso y continuo ahora que hace un siglo. En Alemania, la experiencia ha mostrado que la sucesión de seis días sobrepasa la capacidad media de eficacia, por lo cual se está generalizando la tendencia a limitar la semana de trabajo a cinco días, ampliando el descanso de fin de semana. ¿Se ha estudiado aquí la capacidad media de eficacia del nicaragüense, en el clima de aquí, y en el nuevo ritmo de trabajo que exige la actividad comercial moderna o la labor en las fábricas o el trabajo campesino al mecanizarse la agricultura?”.

Me impresionó la observación y la pregunta del alemán y comencé en mi recuerdo a comparar el ritmo de trabajo y de actividad de hoy y el de hace apenas veinticinco años. Nosotros nos hemos exigido un salto extraordinario —en cuanto a intensidad y continuidad en el ritmo de trabajo— sin reajustar nuestras formas de vida, de alimentación, de descanso a esa sobrecarga biológica.

Leyendo entrelíneas los documentos coloniales vemos que el ritmo de trabajo antiguo —excesivamente indolente para el criterio actual de actividad febril productora— respetaba religiosamente ciertas horas mortales de nuestro clima. Las horas brutales del mediodía —la clásica siesta— eran horas de inactividad en todas las labores. “Siesteaban” las carretas en sus viajes, los muleros en sus arreos, los mercaderes en sus mercados, los artesanos en sus artesanías. La vida activa cerraba al meridiano y se reanudaba hasta después de las tres de la tarde. Era una vida acondicionada al clima y al sol, como eran acondicionadas al clima y al sol nuestras viejas casas. En el trabajo de campo, todavía hasta hace poco tiempo, quedaba un resto de las viejas formas de trabajo acondicionadas al clima. Era la “fagina”: trabajo de la tarde, actividad menor de sol pesado que el peón agregaba, si quería hacerlo, a su labor jornalera que terminaba al mediodía.

Los viejos capataces hablaban de trabajo mañanero y tardero. El trabajo pesado, el que suponía energía y entusiasmo era el mañanero. Para la tarde dejaban los trabajos menores y marginales porque sabían instintivamente, para decirlo en el lenguaje del alemán: que la capacidad media de eficacia se reducía bajo la prepotente dictadura del sol nicaragüense.

De ese ritmo indolente (¿en ciertos casos como éste no será la indolencia una defensa instintiva de la especie para no perecer?) hemos pasado de golpe, y quemando etapas, al trabajo moderno, con reloj marcador, de almuerzo rápido y sin siesta, de actividad continua. Yo me pregunto, ¿se ha estudiado lo que biológicamente

1 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

te puede y debe soportar el hombre, trabajando a ese nuevo ritmo, con el clima y el sol del trópico? Si el trabajador alemán —ejemplar de actividad en el mundo— no puede mantener su medida de eficacia más de seis días seguidos ¿cuál será nuestra capacidad?

Si la técnica nos ha estructurado este mundo de actividad acelerada, ¿no sería justo que también sirviera para estudiar nuestras resistencias y conforme ellas elaborar nuestras defensas?

Ya se ha dicho, aún desde el punto de vista de la producción, que un pueblo necesita ser educado no sólo para el trabajo sino para el descanso. A lo mejor, si se hicieran estudios y se llevaran estadísticas, vendríamos a averiguar que el pueblo nicaragüense sabe trabajar y que lo que no sabe es descansar.

PABLO ANTONIO CUADRA